

Horacio [II]

QUIZÁS no fuera una mala idea hacer venir a Horacio. Al fin y al cabo él pensaba que le debía algo, por lo menos la neutralización de los datos del informe que iban a pedir por su boda, –el informe que en verdad nadie pidió... este pic ha se creía entonces el centro del mundo. Ahora parecía jodido de verdad, fregado... aunque debió llamarme en vez de escribir... le di mi número pero no sé dónde puse el suyo.

Pintero dejó de divagar y volvió por la carta para comprobar si en el membrete tenía teléfono. Le había parecido que sí y, en efecto, lo vio sobrescrito a mano después de una dirección y otro número tachados. Miró su reloj y no le pareció la hora más apropiada para encontrarlo en casa, pero estando tan enfermo lo más probable era que sí. Marcó sin pensárselo más y antes del cuarto repique reconoció en un cavernoso «diga» la voz apagada de Horacio.

–Soy Pintero y tú un mendrugo que malgasta sus fuerzas escribiendo cuando no tiene más que llamar ¿Qué es eso que te ha pasado hombre?

Un silbido sordo al otro lado fue de momento la única respuesta audible. Pintero prefirió seguir hablando. Se había enternecido un poco.

—Mira, no hace falta que ahora digas nada, pero sería estupendo que vinieras. Tengo que hacer unas averiguaciones en las que me puedes ayudar... una corazonada. Además, pienso que no te vendría nada mal cambiar de aires por un par de días.

Sus palabras debieron sonar más auténticas y sentidas que las de su ordinaria y cínica jerga policial, porque le pareció que Horacio se atragantaba, pero esta vez por la emoción. Pintero lo entendió así y pensó que difícilmente iban a poder mantener una conversación aprovechable, de modo que optó por dar a su amigo las instrucciones que juzgó más practicables.

—En cuanto pasen estas heladas fiestas de Navidad verás como te encuentras mejor. Me pones entonces un telegrama diciéndome qué día llegas y en qué tren. Yo estaré en la estación para recogerte y traerte a mi casa. No sé si te dije que tengo una habitación sobrante. Trabajaremos juntos y olvidarás el muermo que te entra cuando te quedas sin mujeres. ¡Qué tío!

Después de colgar se preguntaba si aquella había sido la mejor manera de proceder, pero desechó sus dudas de inmediato para centrarse en la cadena de sucesos y coincidencias que, así lo creía firmemente, desvelaban la identidad del supuesto alemán muerto y conducían hasta el autor del crimen. No conseguía recordar como se llamaba el individuo influyente a quien se refirió Horacio cuando le habló del informe de su conducta. Pero ese dato era el más sencillo. Estaba seguro de que lo anotó en su cuaderno. Repasó las sobadas hojas de atrás adelante hasta situarse en la fecha aproximada. Hasta que llegó donde decía: «Al mister Kerl, informador, darle

respuesta de matute» ...Su malicia de entonces le hizo reír ahora:

–Matute le vamos a dar a ese pájaro en cuanto le ponga la mano encima... pero HH dijo que era diplomático, cónsul o algo parecido. Eso hace que tenga que entrarle al comisario con algún cuento para poder meter la nariz en el mundo de esos cabrones... sin que me la chafen. La necesidad de tener que enfrentarse al jefe lo espoleó. Dejó en suspenso por el momento la reconstrucción de la cadena de sucesos que se había propuesto y se fue derecho para irrumpir en el despacho sin pedir audiencia. El gesto del comisario no era más avieso de lo normal en él, pero se tornó maligno y amenazador nada más le escuchó decir que necesitaba conectar con la sección apropiada de la Brigada Central para pedir algunos informes relacionados con el cuerpo diplomático. Sin darse un respiro, para adelantarse a la negativa o hacerla más suave, apostilló:

–... la clave del caso “alemán” está en un diplomático que reside, o residía, donde vive un amigo mío que me ha hecho una valiosa confidencia.

El visaje torvo se transformó en una mueca burlona:

–Espero que ese confidente sea menos gilipollas que usted y le explique que el muerto tenía de alemán lo mismo que usted tiene el forro de sus pelotas. Todo estará resuelto en un par de días, en cuanto el forense reciba la ficha dental del fiambre, así que no me joda con visitas diplomáticas y olvídese del caso que ¡además!, ¿quién cojones se lo ha encargado?

Pintero sabía cuando había perdido el envite, así que hizo mutis lo más rápido que pudo. Dudó entre volver a su cubil o bajar hasta la cueva, el sótano polvoriento

donde se guardaban los informes y expedientes de todos los casos cerrados. Tenía la esperanza de averiguar por qué habían descartado tan pronto el supuesto origen alemán del muerto y, también, de poder seguir el hilo hasta el sacamuelas que iba a enviar la ficha. La operación era sencilla. Bastaba pedirle al encargado del archivo un informe difícil de encontrar, y mientras el hombre andaba perdido entre nubes de polvo se husmeaba en el libro de visitas. Para él eran suficientes las habidas desde el día en que apareció el muerto. Miró el reloj y vio que era hora de comer, el mejor momento para bajar al sótano si se daba prisa. El encargado de cara macilenta, casi tan descolorida como los viejos legajos que custodiaba, ya salía por el batiente del mostrador. Llevaba un envoltorio grasiento en la mano. Sin apenas escuchar el título del expediente que le pedían, dijo:

—Ese informe hace mucho que se perdió. Pero es igual, yo me voy a comer al cuartillo. Si no tiene lápiz, hay uno en la cajonera, y también papel blanco d'un lao. No arranque hojas del libro. Tendría que dar parte.

A Pintero le sorprendió el descarado del hombre. Hacía tiempo que no bajaba por allí, el suficiente para que la corrupción que se desarrollaba arriba hubiera llegado hasta los sótanos en forma de corruptelas tan simples como aquélla, pero tan peligrosas. Aquel funcionario de última categoría podía dar pistas de singular relevancia a cualquiera que se lo pidiera. Estuvo a punto de abroncarle pero emitió tan solo un gruñido cómplice. Al fin y al cabo, los datos que él iba a robar no eran para extorsionar a nadie, y sin perder un minuto más se puso a tomar notas. El único nombre que le llamó la atención fue el de un individuo a quien sólo había visto un par de ve-

ces por la comisaría y en ambas ocasiones en compañía del forense. Sabía que otros compañeros recurrían a él cuando sus pesquisas pasaban por clínicas privadas, todas de acceso mucho más difícil que los hospitales públicos. Pero a él no le había caído simpático el personaje, de modo que investigar por esa vía le llevaba derecho al forense.

—

Marga sabía que la pareja se cansaría pronto de esperarla y terminarían por hacer lo que les había dicho aunque ella estuviera ausente. Recogió del cuarto trastero la maleta que había preparado antes de llamar a Cecilia y salió. Al taxista le dio la dirección de dos comercios donde tendría que detenerse brevemente camino de la estación, y le dijo que tomase el itinerario más conveniente. Llegó primero a la tienda de aparatos ortopédicos y de allí salió cargada con una silla de ruedas, plegada y suspendida por unas correas terminadas en un asa. Su estatura y complexión física hacían que la carga pareciera liviana y el taxista reprimió su primera intención de echar una mano. De la segunda tienda salió con una caja de zapatos y un bolsón plano que debía contener ropa. Llegó a la estación con tiempo sobrado para instalar su equipaje en la cabina del coche cama, bajar a la cafetería y telefonar a su padre. Fue concisa:

—Llego mañana. Estaré en el hotel más o menos a las diez. Lo llevo todo. Cuídate. Mil besos.

El tren arrancó puntual y ella esperó acodada en la ventana del pasillo hasta que la noche se tragó la última luz del crepúsculo. Siempre le había gustado contemplar la

transformación que sufría la ciudad al alejarse vertiginosamente de su centro. Tenía la misma sensación que en el cine, cuando la cámara ha trucado su velocidad produciendo esas imágenes aceleradas que condensan horas en segundos y hacen de los edificios árboles de Navidad que palpitan desacordes con la carrera de las nubes. La realidad era sin embargo más decepcionante. La ciudad se degradaba, la cuarta dimensión, el tiempo, reducía las otras tres a cenizas, haciendo las casas más chatas, de las calles transversales minúsculos callejones, y volcando en el horizonte informes barrios de chamizos y latas, visibles cuando el convoy se inscribía en una curva y a su ventana le tocaba el lado convexo de la vía. No quiso calcular los años que habían pasado desde que acompañó a su padre en un viaje parecido. Ahora, su película de la realidad era mucho más larga. Eso le demostraba que hacía mucho tiempo, y también que el antiguo viaje estuvo cuidadosamente preparado para que ahora le resultase fácil hacerlo sola. No pudo conservar las hojas del cuaderno de notas donde Saturio escribió minucioso las instrucciones de las cosas que le encargaba. La obligaba a quemarlas en cuanto ella demostraba sabérselas. Aquellas hojas fueron además los originales del glosario de gestos que ella aprendió a interpretar uno por uno hasta que el cuaderno dejó de ser necesario para entenderse. Su historia, sus ilusiones infantiles también se fueron barridas con aquellos montecitos de ceniza. Cualquier anhelo material, el juguete más caro, aparecía en su cuarto incluso antes de desearlo pero, indefectiblemente, detrás de cada regalo esperaba una sesión de instrucción privada, severa y rigurosa, donde la asignatura dominante fue, aunque no lo

entendió así hasta mucho más tarde, convertir su mente en un duplicado de la de su padre. Ahora sí sabía que este viaje conducía, por fin, a la meta: «Ese es mi enemigo. El enemigo tiene que ser destruido.» Cuántas veces habría repetido esas palabras frente a la fotografía amarillenta de un hombre joven que medio se tapaba la boca con la mano izquierda, mientras mantenía la derecha suspendida para colocarse, o terminar de quitarse, unas gafas minúsculas que parecían montadas en alambre.

Su padre había sido más explícito que nunca. Sólo se quedó sin entender por qué tenía que volver a la habitación del hotel después de dejarlo a él en el tren. Lo peor era que le sonaba ridículo presentarse allí con un gabán al brazo y entregárselo a la persona que estaría entonces ocupando la habitación: «Es un obsequio especial de la casa “Gentlemen” que hoy celebra su cincuentenario en este hotel», tenía que decirle. Y luego insistir en que se lo probase, lo mismo que los zapatos, para ver si había acertado la talla. Pero no deseaba repasar la lección ahora, mientras ensayaba contorsiones absurdas para lograr encajarse en la cabina. Detestaba las pretenciosas jaulas que Wagon Lits llamaba camas. Era evidente que nadie había pensado en las personas de su estatura pero tenía que dormir lo que pudiera. Recurrió a los episodios de su pasado que le eran más queridos, la apasionada devoción que sintió por Karla, su tutora, su institutriz, la mujer que en pocos meses le había enseñado todo lo importante que sabía. Hasta que desapareció de su vida con aquella despedida sin sentido:

–Meine liebe Taube, te amo tanto que no debo quedarme a tu lado un solo día más.

Hasta un año más tarde, al cumplir los dieciséis, no supo descifrar lo que Karla había dicho. Entonces trató de encontrarla o de saber siquiera cómo le iba, pero se la había tragado la tierra. No se atrevía a preguntar a su padre y el día que reunió fuerzas para hacerlo... «la puerta estaba entreabierta no debería pero no le importará que entre estaría cerrada si no pero las barras de columpio no estaban la chica colgada tampoco»... ni siquiera fue capaz de atravesar el umbral, retrocedió anonadada y salió corriendo a refugiarse en su cuarto. Sin embargo, su padre estuvo especialmente solícito desde entonces. Le hizo saber que deseaba su felicidad por encima de todo y que tenía que encontrar un compañero adecuado. Ella respondió que eso ni lo pensase, que su única devoción estaba en cuidar de él. Sin embargo no lo convenció. No pasaba un mes sin que apareciese un galanteador, por lo general pelmazo y amanerado que recitaba una lección mal aprendida. Pocos le duraron más de una semana. Si no encontraba el modo de quitárselo de encima, procedía siempre igual: entre sus amigos de la tertulia del club, cuando había algún camarero cerca, inventaba o exageraba un defecto de su nueva conquista. La expresión de su padre al día siguiente le demostraba que había sido informado y el pretendiente no aparecía más. Hasta que trajo a Cecilia... «no es una mujer corriente su hombre será tu hombre te cuidará terminarás la misión sabrás de tu maestra ...ma-es-tra ... ma-es-tra»... el golpeo rítmico y blando sobre las juntas de los raíles repetía la más placentera letra de la más dulce melodía que podía imaginar para conciliar el sueño.

Saturio se daba por satisfecho de lo conseguido. Cualquiera podría decir que haber elegido a Kerl para llevar a cabo sus planes fue una equivocación, pero lo cierto es que el único error fue darle demasiada cuerda y, sobre todo, permitirle financiar su propia deuda. Aunque, añadido al préstamo, lo peor fue quizás aceptarle el apartamento que su hija le puso a la otra. Pero valía de poco lamentar los errores si no era para sacar de ellos algún provecho. Esperaba que Marga trajera los encargos, la ropa y la silla de ruedas nueva, como le había confirmado al llamarlo. La silla que tenía se quedaría en la habitación hasta que vinieran a llevársela. Le había costado bastante averiarla, en realidad sólo había conseguido desviar algo un eje y doblar unos radios, lo suficiente para su propósito. Ni Marga ni los empleados del hotel tenían que saber lo del falso accidente, en cambio a ella sí tendría que darle muy buenas razones para convencerla de que lo diera por muerto: «Muerto el perro se acabó la rabia. Espero que ese hideputa conozca y aplique el refrán». Le tranquilizaba pensar que una vez desaparecido él nunca irían a por su hija. «... si hubiera sido un chico...»

Tres golpes quedos en la puerta cortaron su obsesiva cantilena.

Marga entró antes de que él hubiera empezado a desplazarse. Saturio respiró al ver los paquetes y el armatoste que cargaba. Le dio a entender que la suponía muy cansada, pero no hizo ningún gesto para preguntarle por qué no había solicitado ayuda para subir la silla hasta allí. En cambio sí le hizo saber que debían actuar rápi-

damente. Ella le acercó la caja redonda, desató las correas de la silla, la desplegó a su lado y le ayudó a sentarse. Luego le dijo que podía ir cambiándose de ropa mientras se arreglaba un poco en el cuarto de baño. Sabía que a pesar de su condición física él prefería valerse por sí hasta el límite de sus fuerzas y habilidad. En las situaciones que consideraba especialmente importantes, y aquella lo era, esa habilidad se multiplicaba hasta lo increíble. Por eso, al volver a la habitación no se sorprendió de encontrarlo vestido y dispuesto para salir. Sin embargo, aunque mentalmente estaba preparada, no pudo reprimir la risa que le provocó la transformación de su padre: –Eres una ancianita muy linda –le dijo tratando de cambiarle su mal gesto habitual. No lo consiguió y sin añadir una palabra más se puso en marcha empujando la silla hacia el zaguán del montacargas de servicio. Mientras alcanzaban la salida trasera del hotel él la interrogó sobre el gabán y los zapatos. –Lo dejé todo en recepción –respondió ella secamente. Para chincharle no añadió como tú me dijiste, la pleitesía de costumbre. En la calle apretó el paso, pero sin exceder el límite que cualquiera hubiera considerado prudente para ir empujando un carro de inválido con anciana incorporada. Se sabía bien el camino; sólo tenía que desandar el trayecto que acababa de hacer desde la estación, un trecho corto. Era evidente que Saturio había estudiado la ubicación del hotel, como también había anticipado el modo de continuar viaje prescindiendo de ella. Al pie del acceso inmediato al coche restaurante estaban dos de los hombres que había visto en más de una ocasión entrando o saliendo de su casa. Uno de ellos, sin pronunciar palabra y casi esquivando cruzar su mirada, le en-

tregó un sobre abultado, oblongo y cerrado, mientras el otro la empujaba suavemente, dejando claro que ellos se hacían cargo de la silla y de la pasajera. La transformación de su padre en anciana no pareció sorprenderlos en absoluto. Ya sola en el andén pensó por un momento esperar a que partiera el tren, pero se dio cuenta de lo ridícula que se sentiría agitando la mano para nadie. A su padre lo había engullido el vagón y si de algo estaba segura es que ni él ni sus porteadores asomarían por ventanilla alguna. Además recordó que no disponía de todo el tiempo del mundo. El envoltorio que le habían entregado tenía que estar cosido tras el forro del gabán antes de las doce, la hora programada para presentarse ante el nuevo inquilino de la habitación del hotel.

Para convencerse de acudir a la extraña cita, Longinos buscaba otro motivo menos prosaico que el dinero. Realmente se preguntaba por qué medio habrían obtenido información sobre la verdadera importancia de la fórmula que con tanto esfuerzo había logrado desarrollar, la fórmula que guardaba celosamente esperando interesar a alguna institución para explotar su aplicación a escala industrial. Había patentado una fracción del proceso tan sólo; estaba seguro de que si lo revelaba todo le robarían impunemente la idea y el método. La nota que había recibido unas semanas antes no era demasiado explícita: «Sabemos que lo esencial de su patente está en lo que no se dice. Encuéntrese con nosotros en el lugar, día y hora, que pronto le comunicaremos. Obtendrá una

cifra no inferior a 50M. por el resto de su fórmula y del proceso anejo.»

Unos días después le llegó un giro de veinticinco mil pesetas con la anotación «para gastos de desplazamiento». Nadie la firmaba ni pudo obtener otra aclaración del cartero más que el nombre de la ciudad desde donde había sido puesto el giro. Transcurrida una semana sin nuevas noticias pensó que todo había sido una broma, eso sí, una broma agradable de alguien que deseaba obsequiarlo con unas cortas vacaciones. Sin embargo, cuanto más repasaba la lista de conocidos, – amigos no tenía –, más descabellado le parecía que alguno se hubiera acordado de él para algo amable. Sus dudas desaparecieron al recibir las instrucciones que confirmaban la primera nota y el singular anticipo de mil marcos alemanes en billetes cortados por la mitad, «como en las novelas de gangsters clásicas» pensó. Le daban el plazo de quince días para reunir toda la documentación pertinente, borradores y notas incluidos. Esta última precisión lo convenció de la seriedad del trato: él sabía de informes finales mecanografiados con prisa, cuyos errores y omisiones imposibilitaron la duplicación del proceso original. Las notas y borradores eran la garantía exigible al autor para asegurar una transacción correcta.

–Estaré en la habitación de ese hotel el día que me den, y tendrán la cuartilla donde cabe todo el desarrollo de mi fórmula –reflexionó en voz alta. La caprichosa exigencia de ponerse la gabardina que le entregaría una señorita para salir transportado luego en una silla de ruedas, sólo le mereció un comentario: –Está claro que han leído más novela negra que yo.

Si de algo estaba seguro Pintero era de la identidad del muerto. Había ido a dar una vuelta por el sitio de donde lo recogieron. En el callejón no encontró nada de particular. Sólo al salir al ensanche, donde los límites del barrio indecente se desdibujaban, vio algo que le llamó la atención y apretó el paso. Planeaba un golpe de efecto frente al comisario si convencía a Horacio para que se presentara de una vez y lo acompañaba al depósito. Pero tenía que ser antes, al menos unas horas antes, de que llegara la pringosa ficha dentaria del muerto.

—Todo encaja como un guante —se iba diciendo— y además el gran hombre ha tenido hasta la suerte de quedarse huérfano de suegro, porque ése es el fiambre que alguien ha querido colar como alemán, cuando es el papá de la señorita Ungaretti... mira que nadie se ha preguntado por qué las suelas de los zapatos no estaban gastadas... ni tampoco ¿qué es lo que pinta esta puta gorda paseando a su arrapiezo en semejante carrito de andar torcido?

La pobre mujer se llevó un susto de muerte. Pintero se le había acercado por detrás y la había agarrado de una oreja para escupirle la pregunta casi en voz baja. Sin embargo, en cuanto lo reconoció se tranquilizó un poco. Sabía que no era de los malos y hasta se atrevió a responder burlona:

—Pero si es sietemachos, el corre caminos que no se corre.

—Sin pasarte que te entullo y te pongo en manos menos blandas que las mías.

–Okey, okey; pero empezó usted. Lo de puta bueno, pero gorda...

–Conforme, pues flaca. Ahora suelta en cuatro palabras a quién y de dónde has afanao el carrito.

–¡Ah, eso sí que no! yo no afané ná. Anoche vi a dos tíos sacarlo der callejón pa soltarlo dos cuadras más abajo.

–Magnífico, ¿no se te ocurriría también ir a mirar si se dejaron atrás alguna otra cosa?, ¿algún encarguito?

–Por mis muertos que no he visto ná. Sólo agarré er carrito cuando lo sortaron y corrí a por mi niño que ya ve usted lo contento que está, nunca ha tenío un juguete tan importante...

–Pues lo voy a sentir mucho, pero tengo que incautarlo. Así que el mocoso lo disfrute mientras lo empujas hasta tu agujero, que luego vendrán a llevárselo.

–Y por qué tendré que darlo, un suponé si estoy ocupá, ya sabe.

–Deja de decir chorradas. Te desocupas, lo entregas y te vuelves a enguilar. Además te conviene desprenderte del juguete cuanto antes. Lo último que fue sentado ahí era fiambre antes de que lo apearan.

No hizo intención de despedirse. Volvió la espalda sin esperar una reacción que se sabía de memoria. En cuanto penetrase en la limitada cabeza de la mujer el hecho de haber puesto a su hijo en contacto próximo con una muerte reciente que, para colmo, investigaba la pasma, se pondría a dar saltos y gritos, a insultarle, y a blasfemar impotente ante la decisión a tomar.

–¡Sietemachos, cago'ndios, no seas cornudo! ¡no me dejes con este trasto...! –fue lo último que oyó al atajar por otro callejón para llegar antes a su coche.

Desolación era una palabra que le resultaba insuficiente para calificar su estado de ánimo. Y eso que no podía dejar de pensar en su especial suerte. Cecilia había muerto en sus brazos cuando el papel de difunto estaba cantado para él. Sin embargo, temía afrontar sin tapujos, frente al espejo, las raíces de su desconsuelo. Temía realmente no ser capaz de asumir su cobardía. En los últimos meses de convivencia íntima había abusado del contacto físico hasta límites que ni en sus primeros y más juveniles días llegó a imaginar. Se justificaba ante ella diciéndole que su mujer tenía incrustado en el vientre un fragmento del iceberg que hundió al Titanic. A Cecilia no le gustaba que dijera esas cosas de Marga, él lo sabía y lo hacía para provocarla, buscando un motivo para estar furioso y no conformarse con una fornicación normal.

—Te pondrás peor si abusas de esa manera —le decía ella con la esperanza de que parase. Pero la enfermedad parecía empujarle a más y mayores excesos, y ella nunca mencionó que podía contagiarse, ni siquiera cuando en el paroxismo de repetidas felaciones la obligaba a tragarse el semen. Él tenía miedo a las obligadas pausas de reposo, a los tiempos muertos en los que no lograba conciliar el sueño y su conciencia le pasaba factura. Trataba de evadirse culpando a su mujer a la que ahora atribuía siniestras intenciones:

—A ella le espantaba mi enfermedad; te traje para que tú la sufrieras.

Cecilia le hacía ver lo absurdo de su acusación:

–Olvidas que fui yo quien te echó en sus brazos.

–Porque ella te engañó... aunque yo haya sido todavía peor ...

–Pues ya ves, ni siquiera por lo que me has hecho en los últimos meses puedes considerarte mucho peor que yo –atajaba Cecilia para no soportar la letanía autocompasiva que seguía después– ...yo también he obrado a mi capricho, sólo que mi interés no era disfrutar en la cama, bueno no era sólo eso...

–Ha sido ella la que nos ha prostituido a ambos ...

–¡Qué memoria!, ¡qué tontería! Lo que ha sido es muy generosa.

–Y fría como una piedra ...

–¿Te preguntaste alguna vez por qué?, ¡claro que no! Pues mira, su frigidez empieza, como todos los desarreglos serios de la vida, cuando quien dispone de ti, su padre en el caso de Marga, te encarrila por un camino sin dejarte ninguna otra alternativa. Su padre la utilizó y, lo que es más triste, la está utilizando ahora para siempre jamás, sin que ella pueda pensar en escaparse...

–¿Qué sabes tú de todo eso?

–No demasiado, pero más que tú. Ella me ha contado lo suficiente para dejarme que pueda adivinar el resto. Además, ha dejado en la repisa de la entrada la pequeña llave que siempre lleva al cuello y lo ha hecho a sabiendas de que yo la utilizaría.

–¿Y qué demonios significa esa llave?

–Todo lo que ahora vas a saber, aunque antes espero de ti la promesa de que...

Un golpe de tos le cortó el aliento.

–No tienes que hacerlo ahora; estás muy fatigada. Descansa y mañana seguiremos hablando...

–Puedes decirlo, hombre. Sé que estoy al final, pero treinta y cinco años no es tan mala edad para terminar. Piensa en la cantidad de remiendos y parches que no voy a necesitar. De todas maneras lo de ahora ha sido una tos pasajera, no te preocupes. Me falta decirte todavía lo más importante, lo que debes saber para cuando yo no esté...

Aquella conversación, la última, la sentía Horacio cincelada en su mente. Se volvía a asombrar ahora, como se asombró entonces, de la irreprimible coquetería que ella demostraba. Sabía bien que ya estaba cerca de los cuarenta, pero en un alarde suplementario, como para reprenderlo por lo que acababa de pensar o para hacerle dudar, se había incorporado, abandonando la cama con esfuerzo, pero aparentando que no le costaba trabajo. Resuelta había ido hacia el tocador, y después de abrir uno de los cajones sin titubear había vuelto con un pequeño cuaderno. Se lo entregó diciendo que leyese las dos últimas páginas de todo lo que estaba escrito. Él no necesitó más de un minuto para hacerlo. Las líneas apretadas de la letra clara y rotunda de su mujer componían lo que podría haber sido igualmente un fragmento del guión de una película, de un cortometraje más bien, porque el argumento se desarrollaba completo. Allí se explicaban los pasos para hacer desaparecer a un personaje sustituyéndolo por otro. No había nombres, sólo las iniciales P, X, y un sugerente "los HdeP" que le hizo sonreír por segunda vez al terminar la lectura: "otros HdeP se encargarán de la silla averiada y de decirle a X lo que ha de hacer" era la frase que cerraba el sorprendente guión. Ella no le había quitado ojo mientras leía.

Por la primera sonrisa debió saber de su paso por "los HdeP lo recogen en la estación", por eso, cuando terminó, le había contestado antes de que él se arrancara a preguntar:

—No son los hijos de puta como has pensado, sino los hombres de papá. Lo sé porque Marga los llamaba así. De modo que la P va por papá y la X por un desconocido para ella, alguien de quien probablemente no ha sabido nunca ni el nombre.

Después de aclararle lo de las iniciales había cerrado los ojos y dormía o aparentaba dormir. Entonces él aprovechó para salir de puntillas llevándose el cuaderno consigo. No le había pasado por alto que tras la cubierta había unas hojas suplementarias dobladas en cuarto y sujetas a un sobre cerrado por un diminuto clip. Era fácil adivinar que se trataba de seguir el juego de sutilezas encadenadas, y que aquellas hojas estaban colocadas allí por Cecilia para que él las encontrase. Sin poder dominar el ligero temblor que lo acometió, Horacio se dijo que necesitaba un trago. Como no era bebedor habitual echó mano de la primera botella que vio empezada en la vitrina del mueble bar. El vermut blanco endulzó su lectura:

Querido Horacio: Más de una vez estuve a punto de explicarte cosas de mi hija Natalia, de cómo vino al mundo, de por qué no estábamos juntas, pero siempre lo aplacé. Ahora ya importa poco. Creo que esperaba una especie de milagro, algo así como que apareciese en tu vida tomando mi lugar, como en esos cuentos donde las personas aparecen con cuerpos diferentes pero son la misma. Cierto que yo, hasta que me dediqué solo a ti, he sido tantas personas que podría crearme el cuento. Sin

embargo apuré demasiado el tiempo para hablar y ahora es mejor que escriba. Mis planes no cambiaron en lo esencial; sólo me ha traicionado el miedo a que conocieras más adelante a Natalia sin ser capaz de imaginar que te la mandaba yo, como una vez te dije, y que la despa-charas sin más. El sobre contiene una carta para ella. Por favor, échala enseguida al correo. No se lo encargues a nadie. Hazlo tú mismo. Después espera. Natalia vendrá a verte. He dejado en el banco un papel firmado para que tú y Marga administréis su dinero hasta el año que viene que cumple dieciocho. Le dais mientras tanto lo que vaya necesitando. Sabe poco de gastos, así que será mejor que tampoco sepa cuánto le dejo hasta que aprenda a componérselas sola. Pienso que la naturaleza seguirá su curso y que quizás los dos aceptéis que ella ocupe mi lugar. Si es así, olvida tus últimos excesos conmigo y trátala bien; pero, si no se queda, cuidala, aunque sea a distancia. Si corre algún peligro, díselo a Marga, ella sabe a quien llamar. También sabe que le estoy agradecida, pero repíteselo, trata de comprender sus problemas y ayúdala un poco. Ya he dicho lo importante. Lo que puedo añadir nada vale frente al fuego que nos consumió y que no olvidarás ... Adiós.

Horacio quedó como traspuesto. Si bien no podía extrañarse de los modos de Cecilia, de su forma directa de abordar los problemas, lo que acababa de saber era demasiado. Tuvo que releer la carta y entonces se le desgarraron las telarañas que había tendido en su mente para hacer más llevadera su biografía. En el affaire à trois él había sido siempre el vértice débil, necesario pero reemplazable. Llegó a sospechar que sólo gracias a sus atributos lo mantuvieron allí, aunque desechó la idea...

«... es que no era así no lo era del todo yo me acomodaba a la vida la enfrentaba fácil ella me eligió por eso a mí no a otro de los que pateaban su cama yo era tenía que ser moldeable incluso advertido del juego no hacía preguntas sin preguntas ella tampoco tenía doblez sin doblez como la piedra helada el mar helado no dobla rompe en pedazos yo me parecía saber lo que las dos esperaban de mí no me resistía todo lo más una frase inocua inocente siempre las recompensé con creces a ella y a todas desde la primera bien satisfecha salió de la experiencia para luego no buscarme Marga tampoco me busca Marga es otro problema...»

La intrusión de la imagen de su mujer en el traspuesto soliloquio lo espabiló. Desde que se fue no habían tenido más noticias que una escueta postal. Decía que estaba bien, pero que su padre en cambio estaba grave y que lo ingresaban en un hospital. A él le extrañó que no fuera más explícita, incluyendo por ejemplo la dirección o el teléfono del hospital para poder llamarla. Cecilia en cambio restó importancia entonces al laconismo de Marga:

—Ella siempre ha sido así, no sé que te choca.

Sin embargo ahora, saber lo de los hombres de papá y del desconocido señor X lo enfrentaba a las innumerables preguntas sin respuesta que poblaban la conducta de su mujer. Por eso llegó a imaginar la verdad entera, aunque dando por hecho que alucinaba:

—Marga ha sido y sigue siendo el medio empleado por mi suegro y sus HdeP, los hijos de puta que también son, para poder desaparecer sin dejar rastro. Mejor todavía, para dejar un rastro falsamente identificable, un muerto convenientemente preparado para ocupar su lu-

gar –se palpó las sienes que sentía febriles– seguro que deliro, pero ¿y si no...?

Sólo podía recurrir a Pintero pero no era momento para telefonarle. Tenía que echar la carta de Cecilia, así que antes escribiría a su amigo y luego escaparía un segundo a la calle para echar las dos juntas. Regresó al dormitorio a coger la pluma que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Ella descansaba todavía, pero abrió los ojos y sonrió nada más notar su presencia. Se acercó a la cama para abrazarla. Conteniendo su emoción la atrajo hacia sí y entonces sintió como aquel cuerpo, que tanto placer le había dado, dejaba de responderle definitivamente. Durante muchos minutos permaneció abrazado a aquella forma inerte, incapaz de incorporarse, vacío, paralizado, sofocando sus sollozos, sin saber por qué contenía su emoción. Hasta que descargó la tensión acumulada en un alarido. Cuando volvió al salón tiró de las pocas reservas de energía que le quedaban y se puso a escribir.

—

Estaba convencido de tener la solución del caso en sus manos. Le hubiera gustado contar con la presencia de Horacio. Creía realmente que el testimonio de su antiguo camarada podía transformar en evidencias el castillo de naipes de sus hipótesis. Sin embargo presentía que su testigo no iba a llegar a tiempo, eso sí es que llegaba a presentarse. Así que decidió tirar por la calle de en medio y preparar su versión de lo sucedido. Mantenía la intención de dar la campanada precisamente el día

que se recibieran los datos del dentista. No necesitó más de media hoja de su sempiterna libreta, donde escribió:

1- el muerto es el suegro de HH

2- lo ha mandado matar el mister

pruebas de 1: los zapatos de inválido sin gastar; las huellas (que se encontrarán) en la silla de ruedas; su desaparición de un hotel.

pruebas de 2: los billetes cortados (marcos alemanes); las anotaciones de cantidades adeudadas (también en DM)... la Ugt. de los estadillos...

Ahí se paró. Releyó sus pruebas y le parecieron más débiles de lo que imaginaba antes de pasarlas al papel. Pero es que además, al repasar lo escrito, sintió como una chispa que prendía en su memoria un rescoldo mal apagado de un pasado no tan lejano. Algo que venía molestando desde el vistazo que le dejaron echar a los papeles del fiambre. Nervioso, se puso a hojear la libreta aunque sin esperanza de encontrar lo que buscaba. Sin embargo, con aire de suficiencia, se dijo:

—Es igual, estoy seguro de que "Ugt" es lo que ponía en el cochambroso papel que me dio la celadora enamorada. Si no es una coincidencia, aquí nada pinta el sindicato, Detrás de esas siglas hay alguien, una persona concreta, ¿pero quién? y, sobre todo, ¿qué tiene que ver Liana Woodcock con este lío?

Espoleado por lo que presumía iba a traerle otros hallazgos que asombrarían al comisario, salió disparado hacia la oficina para hacerse con una copia de las huellas que esperaba encontrar en la silla. Cuando llegó no habían terminado aún.

–Falta muy poco –le dijeron, y disculparon su retraso– pero, aunque confusas y casi borradas en los brazos, hay huellas de cinco personas por lo menos.

Esta abundancia no le satisfizo en absoluto. Había imaginado, sin razón bastante, que las marcas en los brazos de la silla serían todo lo nítidas que se podía esperar, tratándose de una persona que se había pasado la vida agarrándolos con fuerza. Sin embargo, tratar de borrar las huellas era otra prueba de que se quería ocultar la identidad del muerto a toda costa; además, quienes lo hicieron se dejaron en el intento su tarjeta de visita. Consciente de ello, Pintero dio una orden enérgica:

–De inmediato, antes incluso de que yo las vea, quiero esas huellas en la planta de identificación para que las cotejen con el archivo de indeseables y además, si se ha averiguado algo sobre las anotaciones de los papeles, el significado de "Ugt", por ejemplo, quiero verlo en el informe del cotejo.

–Sabe usted perfectamente que el informe no es cosa nuestra –respondió presto el agente encargado del gabinete. A Pintero le pareció demasiado cortante la intervención, el agente era un veterano “de cuchara” y, en general, se mostraba amistoso con él. Estuvo a punto de insistir, pero desistió, consciente de que no iba a obtener nada, así que retrucó un seco –¡Está bien! –y salió.

Pensó que lo más positivo sería buscarse una cita con el forense, provocándole con la única tarjeta de visita por la que éste sentía debilidad: la botella de "Jack D.", el bourbon que solo se conseguía del contrabando incautado por los colegas. Pero tendría que volver a casa a por una, porque hasta el retén de noche no se traficaba

con alcohol, polvo, ni cosa parecida. De todos modos no perdía nada si daba una vuelta por el edificio adjunto a la oficina. Quizás su amigo anduviera por allí destripan-do algún fiambre.

—¡Cojonudo! Pintero, viejo cuervo carroñero. Llegas en buen momento —le espetó nada más asomó la cabeza por el lateral de la pesada y mugrienta cortina que protegía, no se sabía de qué, la puerta del «necrófano». La saluta-ción amistosa que no esperaba le animó a arriesgar una de las preguntas que reservaba para cuando el destripa-dor estuviera achispado:

—¿Tuviste que recurrir al tipo de las clínicas privadas para saber de los piños del alemán?

La carcajada debió de oírse afuera, a pesar de la cortina.

—Veo que no tenías ni puta de que los dientes de ese in-terfecto eran todos postizos. El desgraciado debió de su-frir algún accidente en edad temprana y luego la progre-sión oxidante que no perdona a nadie la tomó con lo que entonces le quedase de dentadura.

—Entonces ¿qué se ha podido averiguar?

—Parece que hoy estás más gilí que de costumbre, ¿có-mo quieres que lo sepa? Hasta que no llegue el informe sé lo que tú. A veces los materiales de la prótesis dan una pista certera, también si se aprecia una técnica arte-sanal, poco mecanizada y, no te digo si se encuentra a quien lo haya hecho y éste lleva un archivo decente...

—Pero eso es obligatorio ...

—Aunque lo fuera. Hay buenos archivos, regulares y pé-simos. Por los buenos se sabe la filiación del usuario, su domicilio... bueno, mejor dicho, el del lugar donde en-cargó los piños que puede distar cientos de kilómetros...

La novedad de los dientes postizos alimentó el optimismo de Pintero. Sin hacer caso de lo escéptico que se mostraba el forense, pensó que sus hipótesis cobraban fuerza. Nada le había dicho Horacio sobre el desastre bucal de su suegro, pero resultaba verosímil suponer que la invalidez y la mudez aparecieron hermanadas con el accidente que le dejó desdentado. Parecía realmente que estaba de suerte, y decidió tentarla un poco más:

—Aquel accidente que dices ¿lo dejó medio parálítico también?

—¿De qué coño de parálisis hablas?

—Pues de... de la del alemán...

—¡Jah... jah...! Si ese desgraciado era parálítico o teutón, es que yo nací en la polinesia y se han perdido mis papeles... ¡jah... jah...!

—Bueno era por llamarle de algún modo. Yo también imaginaba que sus papeles, los del muerto, eran tan postizos para mí como los dientes para ti.

Había reaccionado exultante, sin caer en la cuenta de que si no había invalidez alguna se había quedado sin hipótesis. Pero el forense se había mosqueado y ahora cargaba contra él:

—¡Hídelagranputa! A lo que tú venías era a rascar gratis lo del rollo del supuesto alemán. Supe que te corrió el jefe por eso, ¿es que buscas ahora que yo te sodomice?

El ataque verbal apagó el entusiasmo de Pintero y le cortó el tuteo; casi tartamudeó:

—Como me dijo que... que llegaba en buen momento...

—¡Imbécil!, era bueno para que me ayudaras a pasar con un trago lo que me espera. A víctimas de esta clase nunca me acostumbro...

A pesar de su veteranía, Pintero palideció cuando prestó atención al cadáver que había en la mesa. La criatura en la que el forense hundía ya el bisturí, tenía destrozada parte de la cara y huellas de golpes profundos y cortes por todo el cuerpo. Sólo fue capaz de hacer la vulgar pregunta que un policía trata siempre de que no se le escape:

—¿Se sabe ya quién ha hecho esto...?

Obtuvo la respuesta lógica:

—Esto es, eunuco inútil, lo que tipos como tú tienen que averiguar cagando leches, y como veo que no has venido provisto de una ración generosa de agua de fuego, ya puedes desaparecer de mi vista y no volver hasta que... No se esperó a escuchar lo que seguía. Había equivocado el momento de contacto con su mejor fuente y ahora ni la botella le serviría de nada. Las borracheras que cogía el forense cuando tenía que intervenir a criaturas inocentes —nunca decía entonces rajar o destripar, sino intervenir— le duraban dos o tres días. Así que por esa parte el caso estaba cerrado y, en cuanto lo pensó mejor, también lo estaba por todo lo demás. A él qué le importaba saber quién era el muerto si no se trataba del suegro de Horacio, aquella visión de un inválido sobre ruedas que él imaginaba como el fantasma de la ópera. De todas maneras había sacado algo positivo de la visita: esta vez no haría el ridículo ante la superioridad, y como el caso no era suyo, así se lo había dicho el comisario, alto y claro, se las podían arreglar solitos. Dudó entre regresar a su despacho o largarse a casa para emular la previsible pítima del galeno, pero recordó el cotejo de huellas que había mandado hacer y volvió a la oficina, aunque jurándose que no pararía allí más de cinco minutos. Su

sorpresa fue que lo estaban esperando, aunque el gesto hosco de algunos y las miradas huidizas de los más anticipaban poco de bueno.

–El jefe ha prepreguntado por usted vava varias veces – le informó uno de los números. Sin responderle se encaminó a la planta de identificación y allí pidió una copia de los resultados de su encargo. Se la dieron intercambiando miradas despectivas y al primer vistazo comprobó que sólo contenía información de tres sujetos. –¿No eran cinco? –preguntó. El encargado de la planta se encogió de hombros, reforzó el gesto con una torsión del cuello para apuntar hacia arriba, y dio por contestada la pregunta.

Pintero empujó la puerta del despacho sin haber adivinado las causas de tantos guiños y mutismo, pero no tuvo que esperar ni un segundo para saber de qué iba la cosa. El comisario se encrespó nada más verle:

–¿No le di la orden de que sacara sus deformes narices fuera del caso?

–Creo que dijo usted mis pelotas...

–¿Es que además se cachondea de mí? Lo que voy a mandar hacer con sus pelotas es una microscópica tortilla, porque no dan para más ¿Qué coño busca pidiendo informes inconvenientes y, peor todavía, mezclando huellas de compañeros entre las de la basura que ha recogido de no sé dónde?

Mientras lo abroncaba congestionado, el comisario golpeaba con el pulgar el único par de folios que tenía ante sí. A Pintero no le fue difícil encajar esas dos hojas para sumar cinco con las tres que acababan de entregarle. Se permitió un gesto gallardo: depositó parsimonioso sus tres folios sobre la mesa, los empujó hacia los que el

comisario aplastaba todavía bajo el dedo, y con voz templada dijo:

—Le dejo las otras identificaciones de la basura por si le sirven, aunque ya se sabe... de la basura es difícil sacar algo en limpio... parece que hasta los compas se pringan o, ¡peor todavía!, son chivatos compinchados con la superioridad...

Había vuelto la espalda mientras decía las últimas palabras, más para sí que para que las escuchase el comisario, y salió sin molestarse en cerrar la puerta.

—

No fue capaz de escribir más que unas pocas líneas. El esfuerzo lo extenuó hasta el punto de que no habría ido a echar la carta, si Cecilia no le hubiera confiado la destinada a su hija. Recuperó las fuerzas que pudo y antes de salir dejó recado en la consulta del médico de la familia para que viniera con urgencia. Sólo estuvo fuera unos minutos. Cuando regresó fue incapaz de volver a entrar en el dormitorio. Se quedó en el salón, sentado en la misma silla que ocupó mientras escribía, y se abandonó a la sensación de vacío que arrastraba desde el abrazo postrero. Había dejado entreabierta la puerta de la calle para no tener que levantarse a la llegada del médico. Éste lo encontró desmoronado sobre la mesa, la cabeza entre los brazos, sacudido por intermitentes golpes de tos y en tal mal estado que llegó a indignarse al no poder entender qué hacía su paciente fuera de la cama ni por qué había desobedecido sus instrucciones.

—Me explicará usted qué demonios hace levantado y qué novedad es esa de tener abierta la puerta de la casa. Debo suponer que su esposa ha salido.

La mirada de infinita pesadumbre de Horacio, más que su desastrosa condición, informó al médico que allí pasaba algo muy grave. Intuyó, no era difícil, que la respuesta estaba en el dormitorio. Hacia allá se encaminó sirviendo de báculo al paciente, y anticipándole que una vez en la cama le iba a hacer un reconocimiento en regla. Era un veterano, de los aún llamados "médico de cabecera", una especie que se extinguía. Había conversado con la muerte en casi todas sus formas, pero aquella fue la primera vez que un cadáver lo cogía por sorpresa. Un difunto inadecuado además, que para colmo de impropiedad ni siquiera correspondía a la casa, porque el de la esposa no era. Dudó por un momento de estar en el domicilio correcto. Ahora caía en la cuenta de que la anterior visita al marido de la niña la hizo en la otra casa, en el apartamento pequeño. Pero de lo que no cabía dudar era de la identidad de Horacio. No sólo de eso, sino de la prioridad de acciones que la crítica situación imponía. Desde luego el enfermo lo primero, porque al menos estaba vivo. Haciendo bueno su tópico preferido, «la veteranía es un grado», dispuso que Horacio se instalase en otro dormitorio. Allí lo reconoció tan seriamente como se había propuesto y después de averiguar, casi por señas, dónde podía encontrar datos de la difunta y confirmar lo evidente, el flagrante amancebamiento, dejó al vivo algo recuperado de su angustia para ocuparse de la rutina de los muertos.

La eficacia que derrochó el médico para dar carpetazo al deceso le permitió a Horacio quedarse en cama y guar-

dar medio sedado la cura de sueño en la que reproducía, a intervalos irregulares, la misma pesadilla...

«...jadeando alcanzaba el rellano final de la escalera la puerta tenía un pesado pomo de hierro negro áspero nada más tocarlo se desprendía lograba alcanzarlo antes de que rodara escaleras abajo lo necesitaba para abrir la puerta quedaba descolgado como retándole a que empujara con todas sus fuerzas mientras lo giraba crujía la puerta saltaban las bisagras el pomo caía al vacío golpeaba los bloques del mar helado estallaban esquirlas sonaban como campanillas no dejaban de sonar... cesaba el tintineo estaba de nuevo en el rellano reconocía el sonido...»

Con un «diga» trabajoso sacó del plomo del sueño el sentido y la voz. Escuchó una voz conocida: Pintero se identificaba, respondía a su carta...

«¿... de cuándo? ¿cuántos días han pasado? ¿tres, cinco, siete...?», quería preguntar, saber al menos qué fecha o en qué día de la semana despertaba, pero solo logró emitir el pitido cavernoso que se había reinstalado en sus pulmones. Pintero no cesaba de hablar. Parecía ser consciente de su incapacidad, sin embargo le proponía que fuera a visitarlo. Debió de creer ciertamente que tendría fuerzas para ponerse en camino. Qué hombre más raro: le estaba pidiendo ayuda cuando era él quien la necesitaba ¡él! que no había sido capaz ni de ayudarse a sí mismo. Había hecho morir a la única mujer que le dio todo, y ahora no sabía ni cuándo ocurrió. Trató de volver a preguntar en qué día estaba y sólo le salió un quejido. Sin embargo, Pintero, como si hubiera interpretado su angustia, le citaba para el fin de las heladas fiestas de Navidad y eso quería decir que su postración no

había durado una semana siquiera. Saberlo pareció inyectarle algo de vitalidad. Recuperando la voz trató de encontrar las palabras adecuadas para declinar la invitación sin molestar a su amigo, pero éste había colgado ya. Pensó que era mejor así, lo primero era recuperar fuerzas, recomponer el presente y analizar el futuro que le esperaba. Al incorporarse para salir de la cama vio que estaba conectado a una botella de suero. No podía desplazarse con ella porque la habían colgado de un soporte fijado a la pared, así que se liberó sacando la aguja. Estaba claro que el médico había cogido las llaves y le visitaba o mandaba a alguien, un par de veces al día por lo menos. Comprobó que era así al reparar en la nota que había sobre la mesilla. Le hacía saber que en caso de despertar en su ausencia tuviera cuidado de no lesionarse la vena si se desprendía del suero.

—Bravo por el doctor, pero le atajé por la mano — exclamó, ganando confianza por momentos e interpretando correctamente los calambres de sus tripas como hambre vulgar. Fue hacia la cocina sin pensárselo más pero se detuvo en seco al cruzar el salón. Frente a él, como en estado de revista, estaban dispuestas las maletas de Cecilia y el pequeño baúl que Marga había hecho cargar junto a él cuando lo “facturó” en la ambulancia. No captaba el significado de aquel escaparate: las maletas abiertas, mostrando su contenido en perfecto orden, y lo mismo su baúl, aunque no podía precisar si en éste todo estaba bien porque hacía tiempo que no lo examinaba. Sintió la necesidad imperiosa de hacerlo en aquel momento y aplazó el sosiego de sus calambres. Su mujer había demostrado siempre gran respeto por las escasas pertenencias personales que él se trajo. Debió de

pensar que era una buena medida para poder esperar de él idéntico comportamiento. Naturalmente ella salía ganando por muchos cuerpos, pero eso le hacía estar más atenta todavía en ocasiones especiales como la que ahora vivían. Haber hecho que sus cosas estuvieran con él significaba que la estancia en la casa iba a ser larga y su ausencia también. Al tomar conciencia de ello le volvió el desánimo. Para no rendirse a la melancolía, se puso afanoso a extraer del baúl papeles y objetos. Llegó a la carpeta de color indefinido que tenía escrito su nombre en la portada. La tosca caligrafía de su madre acusaba el posterior añadido de la "hache" inicial que bailaba grotesca delante de una "o" desmesurada. Por esta vez no se sintió incómodo al ver su nombre escrito de tal guisa y abrió la carpeta para recrearse en el recuerdo:

«Este calendario es del año en que tú naciste, en el mes de noviembre. Mira la estampa. Te puse el nombre de los guerreros, pero serás más alto todavía que ellos y tu colita será también más grande...»

La estampa tenía sujeta por un clip la foto amarillenta de un niño desnudo sentado entre cojines al lado del perrito Xaudaró, el juguete de trapo que hacía furor entonces. La verdad es que el perrito no casaba bien con «El juramento de los Horacios», la épica pintura de David que reproducía la lámina de noviembre. Pero sabía que su madre no tuvo la culpa de la incongruencia.

—Yo quería que te sacase encima de un caballo... el estúpido fotógrafo se empeñó en el animalito de moda...

—No importa madre, tampoco esos guerreros tienen caballo...

Difícilmente escapaba una visita sin un paseo visual por la fotografía y la lámina. El calendario acabó perdiendo

los meses que ella desplazaba nerviosa ensalivándose el pulgar para llegar deprisa a la imagen que le importaba. Sólo diciembre quedó a salvo, protegido por el juramento y como en espera de un suceso que le diese contenido. Él había cumplido nueve años y comenzaba la andadura del bachillerato.

—Tienes que hacerlo muy bien hijo; eres el primero de toda nuestra familia que puede estudiar eso durante tantos años... temo no estar cuando termines.

Ni siquiera duró otro mes. El temporal de nieve y frío de diciembre se la llevó por delante. Detestaba aquella lámina, «El mar helado», y el nombre de su autor, David también, aunque otro David desde luego. Estuvo a punto muchas veces de reducir los bloques de hielo a los pedazos de papel que eran, pero nunca se decidió. Durante un tiempo creyó realmente que fue como un maleficio, que por eso murió su madre. Luego lo olvidó, aunque la violenta metamorfosis de aquel mar retornase en más de una ocasión para sobrecargar sus pesadillas.

—

Marga regresó al hotel y pidió en el mostrador de recepción que la pusieran con don Saturio. Simuló sorpresa al no obtener respuesta y se hizo acompañar por el encargado para entrar en la habitación. Exagerando su alarma ante el desorden de ropas y objetos que se encontró, exigió la presencia del director. El plan de su padre se remataba a la perfección. El mismo director le rogó que dejara en sus manos el trámite de la denuncia si don Saturio no aparecía. Ella podía alojarse en la suite de la última planta los días que fueran necesarios:

–Es la más confortable del hotel y las vistas son excelentes –insistía el hombre, obsequioso en exceso.

Una semana después se presentó con aire contrito el inspector de policía encargado del caso y le aconsejó que regresara a su casa:

–Estas desapariciones pueden tardar muchos meses en resolverse pero no siempre sucede lo peor. He comprobado que su padre, allí en su ciudad, es muy querido por los compañeros. La tendremos al corriente.

–En mi ciudad, ha dicho usted, ¿es que aquí no? – retrucó Marga con aire cómplice.

El policía no supo que cara poner y ella supuso que no era de los que estaban al corriente. No insistió; si él no lo sabía, el comisario jefe seguro que sí. Tranquilizó al emisario le dedicó una amplia sonrisa y se le acercó una cuarta más del protocolo para decirle:

–Era una broma señor inspector; en momentos de preocupación como éste, hay que hacer uso del sentido del humor, ¿no le parece?

–Si usted lo dice... –respondió el hombre, más confundido que antes.

Cuando terminó de hacer las maletas todavía dudaba entre llamar por teléfono a su marido o presentarse sin avisar. Se decidió por la sorpresa, aun consciente de que era un modo infantil de proceder. Al llegar pensó que hubiera dado lo mismo haber llamado. Su anuncio no habría cambiado el aspecto desaseado de la casa grande, ni el deambular fantasmal de Horacio cuando se aguantaba de pie, ni habría conjurado la presencia incorpórea de Cecilia. Si buscaba motivos para mudarse de nuevo al apartamento pequeño, éstos eran más que suficientes.

No era necesario explicar que así estaba a dos manzanas de la institución «San Creso», un lugar de nombre legal aunque sonara postizo, un santo de esos que la gente inventa con tanto acierto como si estuviera sacado del santoral.

La mudanza fue cosa vista y no vista. Horacio se dejó facturar en la misma ambulancia de la ida. Luego, instalado en el apartamento, convirtió la cama en su despacho y se desinteresó de todo. Ni siquiera le importaron las ausencias de su mujer que se escapaba puntual todas las mañanas a las diez, sin fallar ni domingos ni fiestas. Tampoco parecía apreciar lo que había ganado. Marga estaba con él más solícita que nunca, y ante su pasividad continuó tomando toda clase de iniciativas. La de aprovechar al máximo el reducido espacio disponible le tomaba a diario el tiempo dedicado al trasiego –de ida y vuelta– de objetos y mobiliario. Se reservó para el final la pregunta de si podía devolver al desván de la casa grande el baúl que provisionalmente había colocado a los pies de la cama:

–Lo que quieras sacar del baúl y tenerlo aquí, más cerca, lo puedes distribuir entre las baldas de tu lado del armario. Si te falta sitio usa alguna de las mías también.

Él reaccionó ante la propuesta. Pareció tomar conciencia, aunque desdibujada e imprecisa, del fetichismo que había propiciado la conservación de su ínfimo patrimonio y resolvió destruirlo:

–Puedes quemarlo todo menos la estampa de calendario...

–¿Quemar...? –Marga titubeó. Iba a objetar algo pero se lo pensó mejor– dime cuál entonces, porque hay dos.

–Conservaré la de los Horacios. Se la debo a un amigo.

—¿Y esta otra?, la del mar de hielo tan pavoroso, ¿para qué la guardabas?

Marga había aprovechado el escabel del sillón donde él reposaba. Sentada allí, rebuscaba en el baúl con más comodidad. En aquella postura sus senos dejaban escapar tenues ondas de perfume y sus movimientos cobraban el atractivo que su estatura les robaba cuando estaba de pie. Horacio iba a reprocharle sus años de frigidez, a decirle que había conservado la hoja del calendario como amuleto para atrapar y encerrar en ella su matrimonio junto con sus pesadillas, pero la puesta en escena ablandó su censura:

—La he guardado para que tú la quemes y contemples cómo arde... para que recuerdes que el hielo y el fuego no pueden existir juntos... para que hablemos de nuestro futuro...

Marga esperaba aquella reacción; desde que se trasladaron al apartamento era la respuesta previsible a las atenciones que le prodigaba, todas pensadas para eso, para diseñar el futuro. Por fin él había pronunciado la palabra: ella no tenía que prolongar más la pantomima. Dejó transcurrir la pausa precisa, ajustada al "tempo" de la escena que estaba representando, y luego le corrigió:

—... de nuestros futuros, diría yo; así en plural, ¿o te has olvidado de la carta de Cecilia?

Horacio no esperaba ese envite y lo encajó con dificultad.

—No sé, no entiendo para qué o por qué la mencionas a ella que ya no está. Dije de nuestro futuro, "nuestros" si lo prefieres, pero el tuyo y el mío.

—Te lo aclaro enseguida. Primero, lo que he mencionado es una carta; su autora solo contaba para centrarte y que

no te confundieras con otro escrito; y segundo, el plural “nuestros” va más allá de nosotros dos porque acoge a una tercera persona, a quien parece haber olvidado...

Marga mantuvo el juego de las pausas pero abandonó la puesta en escena; se levantó del escabel y rodeó la cama para alcanzar su mesilla de noche y coger un cigarrillo. Él la miró extrañado, no le había ocultado que seguía fumando. Hubiera sido una simpleza, porque en los rincones más insólitos, por todas partes, se dejaba olvidados encendedores y cajetillas sin terminar. Sin embargo, desde su primer arrebato de tos no había vuelto a encender un cigarrillo en su presencia y tampoco lo hizo esta vez. Lo que seguía, aunque Horacio no se aclaraba, era el segundo acto de la representación.

—¿No pensarías que iba a encenderlo? La verdad es que sólo tenerlo en la mano me ayuda a concentrarme, ¿qué te parece si te levantas un rato y seguimos hablando en el comedor?

Él no vio forma de rechazar la sugerencia; comprendió que el encantamiento de los instantes precedentes había terminado. Su mujer regresaba a los asuntos ordinarios y él, como siempre, la seguía.

—¿Te dice algo el apellido Armand...? No hace falta que contestes; por la cara que has puesto ya sé que no. Pero conviene que te lo aprendas porque la señorita Natalia Armand estará con nosotros antes de dos semanas y, si es la persona adecuada, llega para quedarse.

Horacio cayó en la cuenta de quién era el tercer personaje del “nosotros”. Revivió bruscamente los penosos momentos de la muerte de Cecilia y escarbó en su memoria para recordar el mensaje fundamental. Pero escarbaba en vano; de aquel episodio solo recuperaba el

«Horacio [11]»

nombre de Natalia y la indefinida sensación que lo invadió al saberse juguete de las manipulaciones urdidas por su mujer. Luchó para no dejarse ganar por la pérdida de autoestima que sentía crecer y nublar su raciocinio. Titubeante replicó:

–¿... quedarse, dices?, ¿en esta ciudad?

–Por supuesto, pero además, hasta que cumpla los dieciocho vivirá con nosotros. Lo que tú sabes, o deberías saber, del “testamento” de Cecilia, lo discutí con ella bastante tiempo antes.

–Pero este apartamento es pequeño...

–De eso no tienes que preocuparte. De momento el sofá-cama del salón le servirá. Después... bueno, ahora no es necesario que hablemos de ese después.

[final cinta 9]